

UNA
FE
INCÓMODA

Libros de A. W. Tozer publicados por Portavoz:

Diseñados para adorar
Y Él habitó entre nosotros
Deléitate en Dios
Fe auténtica
Fe más allá de la razón
Los peligros de la fe superficial
El poder de Dios para tu vida
¡Prepárate para el regreso de Jesús!
La presencia de Dios en tu vida
Una fe incómoda
La verdadera vida cristiana

A. W. TOZER

Compilado y editado por James L. Snyder

UNA
FE
INCÓMODA

ESPERA QUE DIOS ALTERE TU VIDA



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *A Disruptive Faith* © 2011 por James L. Snyder y publicado por Regal, de Gospel Light, Ventura, California, USA. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Una fe incómoda* © 2016 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “LBLA” ha sido tomado de La Biblia de las Américas, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5615-2 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6410-2 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8540-4 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 25 24 23 22 21 20 19 18 17 16

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Introducción	7
1. El origen de nuestra fe cristiana.....	11
2. La confirmación de nuestra fe	23
3. La fe contempla el rostro de Dios.....	35
4. Nuestra fe descansa sobre su obra.....	49
5. La fe conduce a la perfección espiritual.....	59
6. La fe trasciende los altibajos de la vida.....	70
7. Fieles en la verdad y en el amor.....	82
8. La fe es un viaje para el corazón	93
9. La naturaleza perturbadora de la fe	104
10. La fe produce héroes espirituales.....	113
11. El reto para nuestra fe	123
12. Qué hacer cuando flaquea la fe	135
13. La meta última de nuestra fe.....	145
14. La naturaleza sagrada de nuestra fe	154
15. La vida oculta de la fe	163

INTRODUCCIÓN

La adoración ya no es adoración si refleja la cultura que nos rodea más que al Cristo que vive en nosotros.

A. W. TOZER

A lo largo de todo su ministerio, el Dr. A. W. Tozer sacaba sin cesar agua nueva de pozos viejos. Seguía la senda de aquellos que tenían hambre y sed de Dios y, a menudo, captaba indicios de sus vidas que aumentaban su propio deseo de comprender lo que significa crecer y madurar en Cristo. Lo que es aún más importante, Tozer meditaba en la Palabra de Dios hasta escuchar cómo se transmitían a su corazón las verdades divinas. Como resultado de esto, a quienes tienen su mismo espíritu, él tiene mucho que enseñar sobre el tema de la verdadera fe bíblica tal como la encontramos en el libro de Hebreos.

A Tozer le gustaba un dicho que usaban los antiguos luteranos: “La fe es una cosa perturbadora”. Encontrarás esta idea a lo largo de todo este libro. En uno de los capítulos, Tozer señala que la fe es un viaje para el corazón. Contrariamente a lo que hoy día enseñan algunos, la fe no es un destino. Además, la fe no crea cosas. Aunque se dedican algunos “ministerios de fe” a enseñar a las personas cómo pueden obtener de Dios todo lo que quieren, según el Dr. Tozer, la fe no crea nada. Más bien, la fe es el órgano espiritual que nos permite ver lo que Dios ha creado. El propósito de la fe es ayudarnos a ver más allá de lo visible hasta la realidad invisible, que es Dios. Cuando las Escrituras dicen “por fe andamos, no por vista” (2 Co. 5:7), se refiere a este aspecto invisible y místico de la creación, obrada por Dios.

El tema de este libro es el aspecto incómodo y perturbador de la fe, y se divide en tres áreas distintas. Primero, para las personas que no son salvas, existe la perturbación inicial de la fe. La fe de la Biblia contradice la manera de vivir sin Jesucristo. En todos los aspectos, la fe perturba la vida de pecado y de rebelión contra Dios. Contradice todo lo que hay en el hombre natural. El principio de la fe es una perturbación, un sentido profundo de convencimiento de pecado.

Segundo, en el caso del cristiano en desarrollo, la fe perturba constantemente su complacencia. Tenemos la tendencia a volcarnos tanto en lo que hacemos que no vemos lo que ha hecho Dios. La fe nos lleva a contemplar el rostro de Dios y nos permite descansar en Él. La fe bíblica nos induce a seguir avanzando y nos reta a descansar totalmente en la obra consumada de Jesucristo.

Tercero, para el cristiano maduro existe ese camino estable de la fe, que normalmente le guía por un sendero perturbador y trastornador hacia una experiencia de Dios más profunda. Un ejemplo de las Escrituras sería el caso de los tres jóvenes hebreos, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que fueron arrojados a un horno ardiente. Su fe les dio problemas. Lo que dijeron a Nabucodonosor es característico de quienes caminan por fe y no por vista. “He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Dn. 3:17-18). Aunque su fe les llevó al horno, también les permitió superar aquella espantosa prueba. En medio de aquel fuego experimentaron, por fe, la presencia real de Dios.

A lo largo de la historia, los hombres y las mujeres de fe han tenido problemas. Si caminas por fe, irás en sentido contrario al mundo. La fe desafiará tus circunstancias y te incitará a avanzar

INTRODUCCIÓN

en una dirección: seguir en todo momento el liderazgo del Espíritu Santo.

Es evidente que la opinión del Dr. Tozer sobre este concepto de fe era muy distinta a la de quienes dicen que mediante la fe podemos tener el tipo de vida que queramos. Tozer creía que la fe genuina produce una inquietud que empieza a alejarnos de esta vida y nos prepara para la venidera. La obra y el ministerio del Espíritu Santo en la vida del creyente tienen este objetivo en todo momento: llevar a los hijos de Dios a la gloria.

Este libro, *Una fe incómoda*, es un tesoro tanto para el cristiano que apenas ha comenzado la carrera de la fe como para el creyente veterano que se acerca ya a la línea de meta. Como todo buen profesor, el Dr. Tozer siempre nos encamina bien. Tozer ofrece soluciones para soslayar los obstáculos inevitables de nuestro triple enemigo: el mundo, la carne y el diablo, y nos transmite las verdades claras sobre lo que hace falta para seguir avanzando en un mundo que está en nuestra contra y para acabar bien la carrera. Su exposición de la vida de fe, extraída del libro de Hebreos, te animará a cruzar la línea de meta y alcanzar la victoria.

James L. Snyder

EL ORIGEN DE NUESTRA FE CRISTIANA

Pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites?

HEBREOS 2:6

¿De dónde proviene nuestra fe cristiana? Dependiendo de la respuesta, una persona avanzará en la dirección correcta o en la equivocada. Lamentablemente, hay muchos maestros que, si bien no dan respuestas erróneas, como mínimo ofrecen respuestas incompletas a esta pregunta vital y, en definitiva, descarrían a sus oyentes.

Para empezar, sostengo que la fe auténtica empieza por entender el lugar que ocupamos en el pensamiento de Dios. El escritor de Hebreos preguntaba: “¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites?” (He. 2:6), citando el Salmo 8:4. Aunque, en realidad, esto es una sola pregunta, quiero exponerte algunas cuestiones básicas acerca de su interpretación.

Primero, no se trata de una pregunta académica formulada solamente con el deseo de debatir. Las Escrituras no se prestan a estudios meramente académicos. Se trata de una explicación. El hombre de Dios mira al cielo, se siente conmovido por lo que ve y plantea a Dios esta pregunta: “¿Qué es el hombre?”. Saber lo que Dios piensa de nosotros es el comienzo de nuestro viaje de fe.

En segundo lugar, al escudriñar las Escrituras nunca encontrarás nada destinado a satisfacer la mera curiosidad. Dios no respalda la mera especulación. Descubrirás que, en la Biblia, todo es práctico, moral y espiritual. Cada libro de la Biblia tiene un propósito específico. Por ejemplo, el propósito concreto del libro de Hebreos es tomar a hombres y mujeres que estaban alienados de Dios y reconciliarlos con Él. Sencillamente, el mensaje de Hebreos es hacer buenos a los pecadores: tomar a hombres que no piensan en su vida futura y convencerles para que se interesen por su destino.

Fijos en la mente de Dios

El verbo “acordarse” en la pregunta “¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él?” implica que el hombre es una idea fija en la mente de Dios y que este se acuerda sin cesar de él. La debilidad que siente nuestro gran Dios por la humanidad es su única excentricidad, y lo digo con suma reverencia. Puedo entender por qué Dios hizo la mayor parte de las cosas que sé que hizo. Me resulta fácil entender por qué podría hacer determinadas cosas. Sin embargo, resulta extremadamente difícil comprender por qué Dios ama a la humanidad y por qué esta se encuentra siempre presente en sus pensamientos. Este es uno de los fenómenos más extraños de todo el universo.

Un concepto asociado con esto es la incapacidad de Dios para librarse de la carga que siente por la raza humana. Si bien es una carga autoimpuesta, sigue siendo una carga. La humanidad está fija en la mente de Dios como un clavo clavado en una madera dura, y Dios no puede eludirla. No creo que Dios quiera eludirla, pero sé que la naturaleza de Dios es tal que no puede hacerlo. El amor que siente Dios por la humanidad es doloroso; es una herida del corazón. La traición del hombre le ha herido profundamente, pero está atrapado en las dulces y dolorosas

redes de su propio amor. Su corazón está “atravesado”, por así decirlo, por el gran amor que siente por la humanidad.

Creo que esto es así. Lo creo con mi vida, con mi predicación, con mis oraciones. Creo que podemos decir que “Dios se acuerda de la humanidad”. De la misma manera que una madre está pendiente de sus hijos, Dios se acuerda de los hombres, pero infinitamente más, porque es posible que una madre rechace a su hijo y lo olvide. Normalmente, el amor de una madre permanece; pero, a veces, incluso el amor materno se acaba. Sin embargo, el amor de Dios no tiene fin. Dios sigue atrapado en la red de su propio amor poderoso. La humanidad, a pesar de su traición, de todos sus pecados, su temeridad y su maldad, sigue siendo una idea fija en la mente de Dios.

El hombre es la imagen de Dios, su orgullo, su responsabilidad y su problema. Es todo esto. Dios no duerme, pero estoy seguro de que, si lo hiciera, no podría dormir porque estaría acosado por la traición humana y atrapado en la red de su amor por la humanidad y del orgullo que siente por ella. Se siente responsable del hombre, aunque, sin duda, no puede existir una responsabilidad moral. El hombre renunció a todo eso cuando pecó. Sin embargo, Dios acepta la responsabilidad. Bajo la carga de esta, Dios dice: “He aquí, yo estoy oprimido debajo de vosotros como está oprimida una carreta llena de gavillas” (Am. 2:13, LBLA).

A pesar de la fragilidad humana

Fue la fragilidad humana la que indujo al salmista a decir: “Cuando veo tus cielos... digo: ¿Qué es el hombre...?” (Sal. 8:3-4). Por supuesto, esta pregunta debe responderse desde el punto de vista de Dios.

La perspectiva bíblica sostiene que el hombre se parece a la hierba, a las flores, al aire que inspiramos y luego espiramos, y desaparece. Se le compara a la niebla que cubre las colinas por

la mañana, pero desaparece en cuanto sale el sol. Se le asemeja a una flor que florece y es hermosa, y que provoca las exclamaciones de deleite de quienes la ven. Sin embargo, al cabo de pocos días está marchita, mustia, ya no gusta a nadie. El hombre es como la hierba que crece por la mañana y se seca antes de que llegue la noche.

David, un hombre conforme al corazón de Dios, declaró: “y ciertamente, *vive* Jehová y *vive* tu alma, que apenas hay un paso entre mí y la muerte” (1 S. 20:3). El hombre, en toda su plenitud, solo está a un paso de la muerte. Sin embargo, esta frágil criatura está siempre en el pensamiento de Dios.

¿Por qué el Dios eterno debe verse atrapado por el amor de algo que es tan frágil? No lo sé. Solo sé que es así.

Lo único equiparable a la fragilidad del ser humano es su ignorancia. La evidencia de esa ignorancia nos rodea. La vemos en la idolatría y en las filosofías.

Las cinco preguntas sin respuesta son: *¿De dónde venimos? ¿Cómo llegamos aquí? ¿Qué somos? ¿Por qué estamos aquí? y ¿Adónde vamos?* Estas preguntas no se pueden responder a menos que acudamos a la Biblia en busca de respuestas. El hombre, en su ignorancia, no puede saberlo y jamás descubrirá las respuestas por sí mismo.

Venimos al universo sin saber por qué,
ni adónde vamos, cual arroyo caprichoso;
y nos vamos, cual el viento en el páramo,
sin saber adónde, soplando veleidoso.¹

No sabemos de dónde vinimos ni cómo llegamos aquí. Está claro que tenemos información sobre nuestro nacimiento, pero ignoramos el misterio que permite que nazca una vida humana.

1. Edward FitzGerald (1809–1883), de *The Rubáaiyat of Omar Khayyam*.

No sabemos que estamos alejados de Dios. No sabemos por qué estamos aquí, aparte de lo que leemos en el Nuevo Testamento; y no sabemos adónde vamos.

Desde el punto de vista humano, su propia fragilidad obstaculiza que se le ame. Sin embargo, su fragilidad humana no puede impedir que Dios piense en él constantemente. La razón humana dicta que su propia fragilidad debería expulsarle del ámbito del amor y, sin embargo, el amor de Dios supera cualquier indicio de indignidad por parte del ser humano.

A pesar de la iniquidad humana

La fragilidad humana no es lo peor que se puede decir de nuestra raza. Entiendo por qué Dios puede amar aquello que es frágil. Entiendo que Dios puede amar lo que es ignorante, pero no entiendo cómo Dios puede amar lo que es inicuo. Sin embargo, la iniquidad del hombre y su amor se encuentran en el mismo párrafo y, a veces, en el mismo versículo.

La historia es la formulación de cargos contra el ser humano. Si la lees, encontrarás evidencias de que el hombre es extremadamente perverso. Nuestra conducta cotidiana es evidencia de nuestra culpa. Cualquier teólogo que no crea en la caída de la raza humana y en su iniquidad solo tiene que leer el diario matutino o escuchar el último noticiario en la radio. La conducta habitual del ser humano es toda la evidencia que necesita el mundo. Dios tiene que acusar al hombre porque este es culpable y se ha traicionado precisamente en lo mismo que le hace parecido a Dios. Se ha traicionado en pensamiento, verdad y virtud. Se ha traicionado espiritual, intelectual y moralmente. Ha demostrado que no es digno de vivir.

Hay quien no entiende por qué Dios permite que las personas mueran. Lo que yo no entiendo es por qué Dios permite que vivamos, porque el hombre ha renunciado a todo derecho a la

vida debido a su iniquidad. Sin embargo, a pesar de todo esto, el hombre es un pensamiento fijo en la mente de Dios, quien no puede ignorar el gran amor que siente por la raza humana.

Una vez, un joven me dijo que no podía creer ni comprender cómo Dios podía amarle. Luego leyó en Génesis 6:6 que Dios vio la maldad humana y se lamentó en su corazón. Dijo: “Entendí que solo el amor puede dolerse, y que uno no se duele a menos que ame”. Podemos sufrir de muchas otras maneras. Un hombre puede romperse una pierna y sufrir, o puede perder sus bienes y sufrir. Pero nadie puede sufrir de verdad a menos que ame. Cuando mi amigo leyó que el hombre había hecho sufrir a Dios en su corazón, supo que Dios le amaba. Este es un buen razonamiento y una manera adecuada de ver las cosas. Dios nos ama, porque si no, nunca sufriría por nosotros.

En las Escrituras, a Jesús se le llamó “varón de dolores” (Is. 53:3). ¿Cuáles fueron los dolores que soportó Jesús? ¿Cuál fue el sufrimiento en su mente, en su corazón? Fue nuestro dolor, el sufrimiento por nuestros pecados. Este sufrimiento no conoce alivio alguno y hace que Dios esté inquieto y preocupado. Todos los actos de misericordia divina nacen de ese dolor en su corazón. Su misericordia no es fruto de una imposición; nace del amor. Decir: “No creo que Dios me ame, porque no soy digno de ello”, sería como un campo que dijera: “Que no llueva sobre mí. No soy digno”.

Cuando las nubes están cargadas de lluvia, no preguntes si el campo es digno; cuando se reúnen ciertas condiciones, llueve pase lo que pase, y llueve sobre justos e injustos (Mt. 5:45). Llueve sobre las calles de la ciudad y los prados del campo. Así es el amor de Dios. Él te ama no porque seas digno, sino porque Él es Dios y no puede dejar de pensar en ti. Eres un ser depravado espiritualmente, ciego intelectualmente y corrupto moralmente. Pero Dios dice: “yo nunca me olvidaré de ti” (Is. 49:15). Yo lo creo y fundamento mi vida en esta verdad.

Hace años solíamos cantar un antiguo himno titulado “Dulce es la promesa ‘No te olvidaré’”, de Charles H. Gabriel (1856-1932):

Dulce es la promesa “No te olvidaré”,
nada puede mi alma perturbar;
aunque la noche sea oscura en el valle,
más allá reluce la luz del día eterno.

Confiando en la promesa “No te olvidaré”,
seguiré adelante con himnos de gozo y amor;
aunque el mundo me desprecie,
y mis amigos me abandonen,
me recordarán en mi hogar celestial.

Cuando esté en el portal de oro,
mis tribulaciones y tristezas ya pasadas,
¡qué dulce oír la proclamación bendita
“Entra, siervo fiel, bienvenido al hogar”!

No te olvidaré ni te dejaré,
en mis manos te sostendré,
en mis brazos te acogeré,
no te olvidaré ni te dejaré;
soy tu Redentor, cuidaré de ti.

Cuando un hombre padece un dolor intenso que no cede, ya sea en su cuerpo o en su corazón, no lo olvida. Cuando alguien muere, nos lamentamos. Se convierte en una idea fija en nuestros corazones y no olvidamos a esa persona. El sufrimiento en el corazón de Dios es todo el recordatorio que Él podría necesitar de que somos ignorantes, inicuos, frágiles, que estamos alienados e indefensos. La pasión que siente Dios por el ser humano, siendo pura, conduce a la redención de la humanidad. Dios ha

extendido su mano hacia nosotros. Como somos una idea fija en su mente, nos visitó. “¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites?” (He. 2:6).

Lo que impulsa el propósito de Dios

Hablamos de la historia y decimos que Dios obra en la historia de la humanidad. Pero, detrás del desarrollo del propósito de Dios para el ser humano está el misterio insondable de su amor por nosotros.

Permíteme ofrecerte un par de ejemplos. Digamos que una pareja joven se está preparando para casarse. Se conocen desde hace seis meses o quizá un año. La relación ha ido progresando lentamente y, ahora, se van a casar. Ha llegado el día de la boda, se han dispuesto los regalos, se han comprado las flores. Todo está preparado y la novia está a punto de ponerse su vestido. Se sienta con calma y, con mirada inexpresiva, dice: “Esta tarde me casaré. Es el desarrollo en la historia del plan de mi marido”. Si la vieras allí sentada, hablando del desarrollo histórico del plan masculino, pensarías que no tenía personalidad.

Alguien podría decir: “¿Qué te pasa, querida? ¿No le amas?”. No hablamos del matrimonio en estos términos, sino con el lenguaje de la emoción, del sentimiento, del amor.

En cierta ocasión, cuando estaba de visita en la ciudad de Nueva York, vi a una pareja que llevaba a un bebé en una canasta. Calculo que tendría unos nueve meses, y, cuando salieron del restaurante Toffenetti's, todo el mundo que pasaba miraba al bebé y sonreía. Incluso los neoyorquinos más encallecidos lo miraban y sonreían. No tardé mucho en localizarlo y, cuando le miré y le hice guiños, se rió. ¿De dónde salió ese bebé?

Los biólogos, los fisiólogos y los demás trazarían gráficas para explicar de dónde salió ese bebé. Eso es lo mejor que saben hacer. Pero el misterio tras su nacimiento nunca se conocerá,

aunque se pueda explicar la parte física. Esta es una manera terrible de pensar en un bebé: como un antropoide bípedo. Normalmente pensamos en un bebé en términos de afecto, calidez y amor. Un bebé criado en un laboratorio rodeado de científicos con espejitos en lo alto de la cabeza sería un robot, no un ser humano. Los bebés necesitan amor.

Los científicos han analizado todo esto y nos han informado de que no deberíamos amar a un bebé. Si llora, deberíamos dejarlo llorar. Deberíamos enseñarle a depender de sí mismo. Mi esposa y yo no prestamos atención a este tipo de consejos. Amábamos a nuestros bebés y les permitíamos depender de nosotros. Poco después de eso, los científicos invirtieron su opinión y ahora enseñan justo lo contrario. Dicen que, por encima de todo, debes amar a tus hijos.

¿De verdad hace falta decirle a una madre que ame a su bebé? ¿Es necesario enviarla a la escuela para que aprenda a amar a su bebé? Lo único que tiene que hacer es ver al pequeñín allí tumbado, arrugado y sonrosado, chupándose el dedo. Solo tiene dos horas de vida, pero su madre está encantada con él y, de inmediato, piensa que se parece a su esposo. Ama al bebé sin que ningún científico tenga que explicarle cómo hacerlo.

Mi anciana abuela holandesa siempre decía: “Todos los cuervos piensan que sus pollos son los más negros”. No hace falta que nos enseñen a amar a nuestros hijos. Les amas porque son tus hijos, no necesariamente porque sean adorables.

El amor satisfecho

¿Qué llevó a Jesucristo a la muerte? Las Escrituras dicen: “le visites” (He. 2:6). ¿Por qué nos visitó? ¿Fue para cumplir su propósito eterno? Sí, pero esa no es la manera de enfocarlo. Nos visitó porque somos una idea fija en su mente. Vino por nosotros como una madre se despierta por la mañana y entra corriendo en la

habitación para ver si su bebé está bien. Fue el amor lo que le llevó a morir. El amor intenso e inquieto de Dios se encarnó en un ser humano. Esto explica el carácter de Cristo y su actitud hacia las personas, así como su trabajo incansable a favor de las mismas. En última instancia, esto explica por qué murió por la humanidad. Nunca hubiera muerto solamente para cumplir un propósito en la historia. Si Dios hubiera colgado una gráfica en la pared y hubiera dicho: “Ni de esta manera ni de esta otra, sino de esa...”, dudo que Cristo hubiera muerto tan solo para cumplir con unas directrices. Sin embargo, murió para satisfacer el deseo de los corazones. Eso ya es otra cosa. Por eso murió, y eso es lo que nos dio el Calvario.

El gran sufrimiento de nuestro Señor por nosotros le llevó a venir a la tierra. El Calvario fue sufrimiento; los clavos fueron dolorosos. Y estar allí colgado, sudando bajo el sol intenso, rodeado de moscas, debió ser una experiencia dolorosa, terrible. Pero el primer dolor era mayor que el segundo, y le impulsó a soportar el dolor menor. El dolor mayor era el de su amor. Nos amó y murió por nosotros. Soportó el dolor de la muerte porque el dolor mayor del amor manifestaba su amor por nosotros; y nosotros nos volvimos, le miramos, nos alejamos y le ignoramos. Amar y no ser correspondido es uno de los dolores más tremendos en todo el repertorio de los dolores. Así que Él vino, vivió, amó y murió; y la muerte no pudo destruir ese amor. Sigue siendo una idea fija en su mente. Pero, algún día, ese amor se verá satisfecho plenamente.

¿Alguna vez has meditado sobre este pasaje maravilloso de las Escrituras? “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos” (Is. 53:11). ¿Qué quiso decir con esto el escritor? Quería decir lo mismo que dijo Jesús cuando dijo: “La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no

se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo” (Jn. 16:21). Esto es lo que dicen las Escrituras de Jesús: “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Is. 53:11).

Dónde comienza nuestra fe

Mientras peca, el ser humano provoca dolor al corazón de Dios. Cuando se aparta de sus pecados y acude a Dios, proporciona satisfacción al corazón de Dios. Todo el mundo le proporciona una de dos cosas: o dolor o satisfacción en su corazón. A Cristo le duele tu rechazo o le agrada tu aceptación. Es feliz y está satisfecho porque te ha encontrado, o se siente entristecido de que aún no le hayas encontrado.

Recuerda que el ser humano es una idea fija en la mente de Dios. Está allí para siempre. Dios no puede librarse de esa idea eterna. La raza humana está allí. Estamos allí incluso si hay dolor en su corazón o hay alegría. Yo, por mi parte, quiero alegrar al Señor Jesucristo.

El fundamento de mi fe en Dios consiste en saber que soy una idea fija en su mente. Ahí es donde empieza mi fe, y es donde comienzo a entender el lugar que ocupó en el pensamiento de Dios. Cuando entiendo lo que piensa Dios de mí, esto me inicia en el camino de la fe. Puedo confiar en aquel que tiene en mente mi máximo beneficio durante el periodo más largo de tiempo imaginable.

Confiando en Jesús

Edgar P. Stites (1836-1921)

Confiando cada día, sin más,
confiando en medio del vendaval;
aun cuando mi fe sea escasa,
confiar en Jesús y nada más.

Confiar cuando el tiempo es fugaz,
confiar cuando los días se van;
confiar pase lo que pase,
confiar en Jesús y nada más.

Derrama su Espíritu la luz
sobre mi pobre corazón;
si Él me guía, no caeré,
confiar en Jesús y nada más.

Cantando si el camino está expedito,
orando si el camino oscuro está;
en el peligro a Él puedo clamar;
confiar en Jesús y nada más.

Confiar en Él mientras dure la vida,
confiar en Él hasta que pase el mundo;
hasta tocar aquel muro de jaspe;
confiar en Jesús, nada más.